



## LA NUEVA ACRÓPOLIS

Era el día siguiente de la liberación del Alcázar.

Iba comunicando a los periodistas extranjeros las primeras noticias de la epopeya y llegué a la anécdota de Moscardó. Puse especial cuidado en que copiaran íntegras las palabras del coronel a su hijo, que las repito ahora, porque todo español debe de hacer cuestión de dignidad patria el sabérselas de memoria:

“—Me piden la vida y el honor de los que estamos aquí a cambio de la tuya. Encomiéndate a Dios. Da un viva a España y otro a Cristo Rey y muere como un héroe, que tu padre no se rinde por el honor de España.”

Al acabar de contar esto noté, por instinto profesional, que los corresponsales habían sentido el latido sensacional que se busca en las informaciones. Los que hasta entonces oían en

silencio el relato de las penalidades sufridas por los defensores se conmovieron. Hombres de sensibilidad endurecida por su constante presencia cerca de los cráteres de la actualidad, la anécdota fué un estilete que abrió de un golpe las entretelas de la emoción.

D'Hospital, corresponsal de las grandes Agencias, me dijo: “Esto bastará para inmortalizar el Alcázar. El episodio conmoverá a toda la América... y a todo el mundo.”

Hans Rosel, el enviado del “Berliner Tageblatt” y de la “Gaceta de Francfort”, exclamó: “El valor español no conoce límites.”

Una hoguera de valor sin eclipse, alimentada día y noche, ha sido el Alcázar. El diálogo de Moscardó con su hijo señala la plenitud, pero ese valor que devora a todos los defensores como una llama mística, chispea y



Vista de las ruinas de la fachada Suroeste, con sus torreones volados por las minas de los marxistas.  
(Foto "Ediciones Españolas".)

fulgura constantemente, y se manifiesta cada minuto en múltiples reflejos de abnegación y sacrificio.

Los puestos de mayor peligro son disputados como sitios de honor. Los sitiados arriesgan sus vidas en salidas temerarias para capturar unas gallinas, a fin de que no les falte caldo y alimentos a los enfermos y heridos. El capitán Ossorio muere en una de estas salidas; el teniente Badenas, cuando buscaba un "paco"; el capitán Alba, cuando, disfrazado de obrero, iba a comunicar la situación a las líneas leales.

Al redactar el coronel Moscardó las órdenes de la Comandancia, se complace en la descripción de las hazañas de sus soldados, que cruzan entre llamas, desafían estoicamente el paqueo, soportan con indiferencia el bombar-

deo aéreo o el fuego de cañón, que apenas comen ni duermen y están siempre dispuestos para el combate. El coronel quiere premiarlos. Mas ¿cómo? A unos los promueve a cabos, a otros los cita en la orden en calidad de muy distinguidos, y, en fin, un día, después de haber rechazado uno de los más tremendos ataques contra el reducto, concede a unos guardias 25 pesetas ¡del dinero encontrado a los cadáveres enemigos!

El valor es epidémico. Y en esa fragua del Alcázar se contagian hasta las mujeres y los niños.

—Aquí hemos estado— nos dice una mujer, esposa de un guardia— y de aquí, no siendo libertadas, sólo nos hubiera sacado la muerte.

A un jovencuelo de quince años, Juan Sán-

chez, que está formado con la tropa de la Academia en lo que queda de patio, y que acaba de escuchar las palabras del general Franco y de Millán Astray, le pregunto:

—Y tú, corneta laureado, ¿a dónde quieres ir ahora?

—A luchar contra los rojos.

La misma petición que formularon casi todos los sitiados al recobrar la libertad. Anémicos, rotos, casi estelares, nadie pensó en la convalecencia. Su primer deseo expresado fué el de seguir luchando.

Pues ¿y qué decir de esos cinco ángeles de la caridad, que han permanecido sesenta y dos días sin desnudarse, descabezando su sueño en

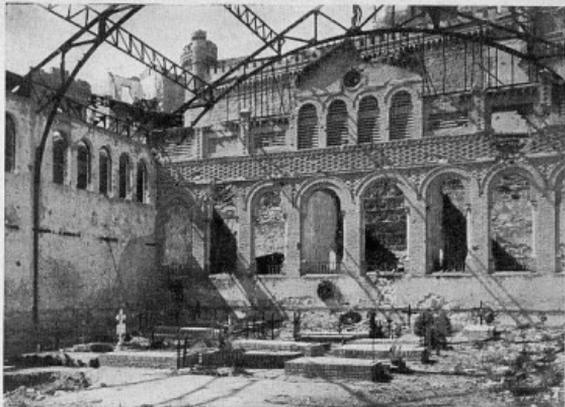
una silla, siempre atentas y vigilantes a las llamadas de los enfermos y heridos?

Los hombres civiles refugiados en el Alcázar figuran repetidas veces en las órdenes de la Comandancia, por sus rasgos de valor; combatieron con la decisión y el garbo de los veteranos. Supieron resistir a la adversidad como cristianos y despreciar la muerte como héroes.

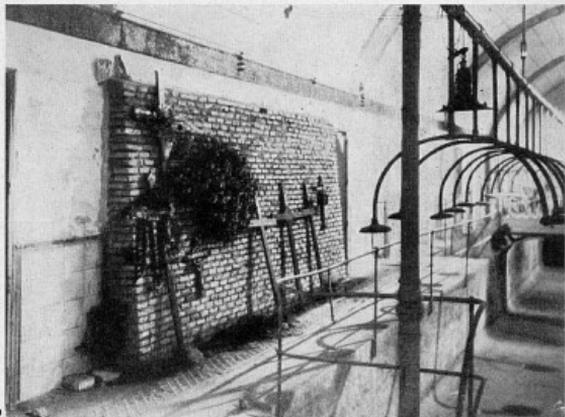
Guardias civiles, gigantes en las virtudes militares, indomables, que sucumben sin rendirse y que soportaron el peso del asedio; soldados de la Academia, que mantuvieron la tradición gloriosa del Ejército Español; y ese puñado de cadetes que acudieron presurosos

*Ruinas del gran patio del Alcázar. (Foto "Ediciones Españolas".)*





1



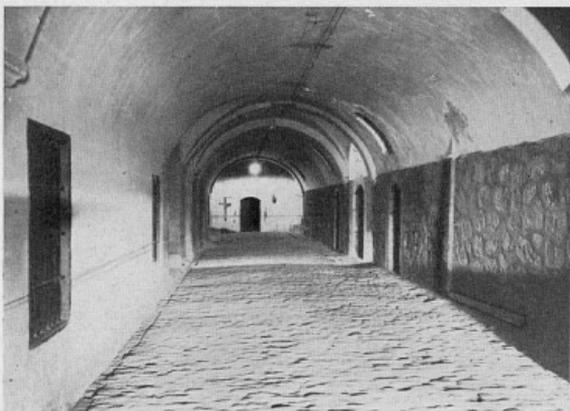
2



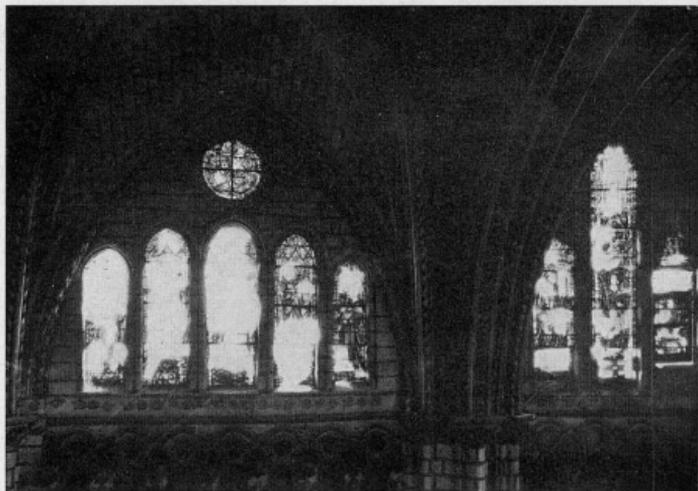
3

*Los tres cementerios del Alcázar. 1 Pradera del Alcázar, donde los defensores hicieron su primer cementerio. 2 Lugar de los sótanos en donde se estableció el segundo cementerio. 3 Piscinas del Alcázar, en los sótanos, donde los sitiados establecieron su tercer cementerio.*

(Fotos "Ediciones Españolas".)



*Arriba: Uno de los sótanos, donde los refugados del Alcázar hicieron vida durante el asedio. Abajo: Toledo. Catedral. Vidrieras destrozadas por la explosión de las minas puestas en el Alcázar. (Fotos "Ediciones Españolas".)*





*Ruinas del Alcázar. (Fotós "Ediciones Españolas".)*

a la cita que les daba el Alcázar para que en su hora más solemne no faltara en la epopeya la representación genuina y simbólica.

\* \* \*

Ruinas, desolación, hedor y hambre. Pero ha nacido al mundo una nueva Acrópolis con otro Partenón, hacia el que vendrán las muchedumbres para rendirse humilladas, acatando el imperio de lo sobrehumano. Una nueva Acrópolis en la que se contemplarán las cumbres del valor y en la que se podrá medir los abismos de la adyección. Se admirará el prodigio del heroísmo y se comprenderá éste por la crueldad de los sitiadores, que agotaron todas las pruebas de destrucción sin olvidar ninguna, para que el triunfo de los sitiados no admitiera objeción ni tacha: el fuego y la metralla, el avión y el tanque, el fusil y el altavoz, el gas y la dinamita, la tentación y la amenaza, el hambre y el sueño, la luz y el aire...

De todas las pruebas salieron victoriosos los del Alcázar.

Esta es la Acrópolis donde renació con esplendor de gloria el valor español hasta alcanzar las cumbres inmarcesibles de la inmor-

*Gran patio del Alcázar. Estatua de Carlos V.*



talidad. Esta es la Acrópolis en la que aprenderá el mundo el brío y el poder de una raza y hasta qué límites se defiende un ideal, sentido en español.

Si un incrédulo, como Renán, o un escéptico, como Maurras, llega un día a aplacar su inquietud espiritual con la contemplación de estas ruínas gloriosas, no tendrá que vagar errante, como anduvieron aquéllos en la colina iluminada de Grecia en busca de la virgen de los ojos verdes, inspiradora, reina y señora de esta grandeza. Bajo aquellas ruínas del Alcázar, en un ángulo lóbrego y pestilente, descubrirá la imagen de una Virgen, de esa Virgen que nunca falta en las horas graves, dichosas o trágicas de España; sobre la montura del caballo, o en el palo de la carabela; en los estandartes o en las empuñaduras de las espadas; en el castillo roquero o en las

mazmorras. Una Virgen blanca y azul, que se presente mejor que se ve, en la oscuridad de las catacumbas toledanas.

La Inmaculada Concepción, que no es la virgen de los ojos verdes que anhelaba el desvarío del escéptico. La imagen de la Madre de Dios que ha recibido las confidencias de los héroes, y que les ha inspirado su valor temerario; la que ha escuchado las cuitas de esta población cautiva y ha extendido sobre ella su manto protector; la que en los momentos más angustiosos se hacía sentir más cerca de los desventurados para calmar su desconuelo. La Virgen de la nueva Acrópolis, a la que todos elevaban, desde el santuario de su corazón, el saludo de amor y de esperanza. ¡Virgen Inmaculada del Alcázar, bendita seas!

JOAQUÍN ARRARÁS

*Parapeto colocado en uno de los ventanales altos del Alcázar, desde el que se defendieron los sitiados contra los ataques enemigos. (Foto "Ediciones Españolas".)*

